
Recuerdos de una noche norteamericana

Tal vez porque la ausencia de una amistad que supo forjarse en el encuentro entre Tandil y Chaco, San Lorenzo y Vélez, Europa y México siempre resulta inverosímil, Mempo Giardinelli vuelve a compartir las sensaciones que lo atravesaron cuando, hace dos años, se cumplió un nuevo aniversario de la muerte de Soriano.

*Nota originalmente publicada en la Contratapa del diario
Página/12, el miércoles 30 de enero de 2013.*

Parece mentira, pero han pasado ya dieciséis años desde la fría noche norteamericana en la que me puse a llorar como un niño cuando me contaron que había muerto Osvaldo Soriano. Estaba trabajando en la Universidad de Virginia, como todos los años, y los dos o tres mails que recibí aquella tarde me liquidaron. No se podía aceptar ni entender, que finalmente lo hubiesen vencido los puchos, la tos canalla y los dolores internos que sabíamos que lo atormentaban. La quimioterapia había sido esperanzadora en su caso y tenía 54 años. Nadie esperaba que se diera vuelta la taba en aquella operación.

Pero así es la Jodida cuando viene y en un horrible e inesperado segundo patear el tablero. Las piezas que a mí se me cayeron entonces eran casi treinta años de una amistad que yo pensé que era para toda la vida, porque cuando lo conocí, en la redacción de la revista *Semana Gráfica*, era el año 68 o 69 y la Editorial Abril era como un refugio de talentos y gente progre de la época y además nosotros estábamos en esa edad en que uno se cree eterno.

Habíamos llegado a la entonces Capital Federal, Osvaldo desde Tandil, yo desde el



Chaco, y aunque él era mayor en edad y en talento nos asociamos de entrada. Hay una foto que adoro, en la que estamos riéndonos como chicos, encorbatados e inocentes como gorriones.

A veces éramos un trío con Mauricio Borghi, un pibe que años después fue una de las primeras víctimas de la siempre maldita Triple A. A veces alguno pelaba un cuento y pedía orejas a la audiencia. También podía ser un tímido poema o un fragmento de algo más ambicioso que no nos atrevíamos a llamar novela. Hablábamos de literatura, nos recomendábamos libros imperdibles y terminábamos las jornadas comiendo pastas o bifés en el viejo Pipo. Luego íbamos al café La Paz, cuando Corrientes era luminosa, limpia y bella, y ahí se hablaba de política, de las dictaduras de entonces y del oficio periodístico.

Nos acompañaban a veces ese enorme fotógrafo que se llama Carlos Bosch (autor de la foto evocada) o el viejo filósofo Carlos Llosa, pluma mayor, después, de la revista Humor. Después las despedidas eran largas y al final nosotros dos, ya en la alta madrugada, rumbeábamos hacia Palermo, donde enton-

ces vivíamos, y algunas noches caminábamos completa la Avenida Córdoba, a veces con alguna ginebra de más, es cierto, y entonces compartíamos confidencias y Osvaldo hablaba de Laurel & Hardy y de gatos y Tandil, y yo del Chaco, y los dos de San Lorenzo y de Vélez.

Ya he contado por ahí que en los días feroces de marzo del 76 nos encontramos una noche en la 9 de Julio, a metros del Teatro Colón, y nos dedicamos simplemente a conversar cual serenos caminantes, aunque alertas y desconfiados, y nos juramentamos reencontrarnos cuanto antes. Osvaldo se marchaba a Europa en esos días; yo miraba ya hacia México. Nos prometimos hacer de nuestros exilios una militancia literaria, y no recuerdo abrazo más emocionado que el que nos dimos esa noche, llorosos los dos, hasta que él, desprendiéndose y en su estilo juguetón, me dijo: "Guarda que va a venir la cana y nos va a llevar pero por maricones".

Después nos reencontramos en Bruselas, en otra ocasión me mostró París de punta a punta, y cuando los Cuervos descendieron en el 79 yo le mandé una carta procurando no cargarlo en demasía como hacían todos.

Años después, ya en Buenos Aires y cuando nuestra democracia estaba en pañales, un día en la Editorial Bruguera, ahí atrás del Cementerio de La Chacarita, en un aparte me agradeció el gesto y me deseó que nunca viera descender a Vélez a la B.

La última vez que nos vimos fue en el Bar Suárez y era el gobierno de Menem. Osvaldo era ya un grande de nuestra literatura y sus novelas y el cine le devolvían un éxito que no había buscado y que en cierto modo lo abrumaba. Hablamos del cuento como género, de algunos jóvenes autores que confundían malicia literaria con pura y simple mala leche, de fútbol y de los mismos viejos temas de siempre, como hacen los amigos que enhebran esa misma, eterna conversación jamás interrumpida.

Y después fue esa noche maula en el frío estadounidense, durante la que lloré un largo rato sin hombro fraterno y en un silencio ominoso. Es raro que la evoco ahora, justo esta noche que aquí en el Chaco hay 38 grados y no nieva. Voy a pensar que a Osvaldo le hubiese gustado venir con Manuel y Catherine. Le hubiese servido una copita de esta amable ginebra.